

LA JOVEN DE LA PERLA

Johannes Vermeer

Su mirada era oscura, pero expresaba claridad. Su piel, era blanca pero resplandecía calidez. Todo en ella se contradecía, sus labios rojos, no reflejaban su personalidad tan fría como el hielo. Y su rostro de inocencia no hacía justicia a lo que había visto y vivido. Su voz paralizaba mi corazón por un instante, y su belleza enloquecía cada centímetro de mi ser. Con tan solo una mirada podía calmar mi sed incluso en los días más calurosos. Estaba loca e irremediablemente enamorado de ella.

Llevo en este lugar exactamente 17 años. Actualmente tengo 32, y llegué aquí para trabajar en una familia. Me cogieron de un barco español cuando tenía 15 años y esa fue la última vez que vi a mi padre. El primer día que llegué fue la primera vez que la vi. No podía dejar de mirarla, su mirada era como el descanso de mi alma. Recuerdo su risa aquel día, era como una melodía perfecta. Ella tendría unos 14 años en ese momento, y ahora rondará los 30. Sí, llevo 17 años enamorado de ella. Ella pertenece a la burguesía, yo no soy más que un esclavo, su mundo y el mío no encajarían jamás. Y no, esta no es una historia de esas que acaban felices, ella enamorada de mí, viviendo en una casa, con 2 o 3 hijos y quizás una mascota. Esto es la realidad, mi realidad. Me levanto cada día con el sol, y me acuesto cuando ya no queda nadie en la calle. Trabajo 14 horas diarias, recibiendo y soportando insultos y latigazos, por un mísero trozo de pan cada noche, y algunos días, con suerte, un plato de sopa aguada que no sabe a nada. Por las noches me imagino que al día siguiente me habla, y me dice que lleva 17 años observándome cada día. Pero sí, es solo un sueño. Pero es gracias a ese sueño que me levanto cada mañana con una sonrisa, porque creo que lo imposible no existe, solo cuesta un poco más lograrlo. Mi motivación al principio era la esperanza de volver a ver a mi padre, pero me di cuenta que eso no pasaría, que él probablemente ya estaría muerto. Así que como creo que los humanos tenemos la necesidad de creer en algo para motivarnos, decidí creer en ella. Y aquí estoy, alimentándome de esperanza.

Mi nombre es Meisje Van Voodsen, nací en Holanda un 13 de enero de hace 30 años. Soy descendiente de una familia adinerada. Vivo al sudeste del país, y aunque me gustaría cambiar un poco de aires y conocer otros lugares, vivo bastante bien aquí. En la casa donde vivo junto con mi familia, tenemos alrededor de 20 personas a nuestro servicio. Cada mañana, veo al mismo chico mirándome, es el que más me ha llamado la atención de nuestros trabajadores. Y no solo por su indudable belleza, sino porque cuando le miro y él me está mirando, su sonrisa se hace aún más amplia, se le ilumina la cara. Me resulta fascinante que a pesar de su precaria situación, reciba cada día con una sonrisa. Tendrá la misma edad que yo aproximadamente o quizás sea un poco mayor que yo. Pero está en mis recuerdos desde mi adolescencia. Al principio trabajó unos años en casa, pero a medida que se fue haciendo mayor, le llevaron a trabajar al campo.

Me levanto, como cada mañana, con el espantoso ruido de dos cacerolas chocando, me visto con la ropa de trabajo cojo mi vaso de café, si se le puede llamar café a eso, y mi trozo de pan y me voy al campo de trabajo. Aún es de noche. Deben ser alrededor de las 6, el sol saldrá pronto. Pasan las horas y yo sigo trabajando. Quito tierra, pongo agua, pongo tierra, recojo cosecha. Así lo que llevo de mañana. De repente, oigo su voz, ya está saliendo de su casa, hoy sale más pronto de lo habitual. Al levantar la cabeza y verla, una inevitable sonrisa se dibuja en mi cara.

Ahí está, con esa espléndida sonrisa. Hoy he salido 10 minutos antes porque me había decidido a hablar con él, pero ahora no estoy tan segura. Estoy nerviosa, ¿y si me sonrío por simple educación? Al fin y al cabo, él trabaja para mi familia, es un simple esclavo, ¿no? Sin darme cuenta mis piernas ya están llevándome hacia él.

Cuando quise darme cuenta estaba a unos dos metros de él. Tenía una extraña mueca pero su sonrisa seguía intacta.

¿Se está acercando a mí? No, es imposible. Cada vez está más cerca. Definitivamente sí, se está acercando a mí. O eso creo. No sé qué decirle si me habla. Me estoy poniendo muy nervioso. He dejado incluso de hacer mi trabajo, cuando quise darme cuenta, un terrible calambre muy doloroso recorrió cada centímetro de mi cuerpo, seguido de un "¡Trabaja!". Había sido un terrateniente con su látigo. Pero merecía la pena, por ella cualquier dolor o sufrimiento merecía la pena. Pero después de eso, cuando miré hacia arriba, en la dirección en la que ella estaba, había desaparecido.

Un latigazo. Un fuerte estruendo que había resonado en toda la casa, nada más verlo, salí corriendo. Me asusté muchísimo y salí de ahí lo antes posible. Intentaría hablar con él en otro momento, quizás mañana, pero no después de ver eso. Seguí mi camino e hice todo lo que tenía que hacer ese día. Fui a comprar, y a un té por la tarde, fue un día más bien tranquilo, pero no salió de mi mente ni un instante. Esperaba volver a verlo a la vuelta, pero no fue así. Esperaré a mañana.

Pensé en ella cada momento del día. La vi llegar por la tarde, estaba hermosa. Con ese último rayo de sol, que la iluminaba como a una diosa. Se paró un instante y miró hacia el campo de trabajo, pero nuestras miradas no se encontraron en ningún momento a pesar de que yo no hacía más que buscarla. Ella entró en su casa, y yo seguí mi jornada de trabajo con una inmensa sonrisa, la misma que había tenido todo el día tras el encuentro. Un par de horas después, mi jornada de trabajo terminó, igual que para la mayoría de los que trabajábamos ahí. Pasé por lo que llamábamos comedor, pero solo era un hombre con una bolsa de pan, y varias jarras de agua. Cogí mi vaso y mi trozo de pan correspondiente. Fui a mi litera, me puse el pijama y me comí mi trozo de pan sin quitar mi sonrisa. Me acosté en la cama, estaba agotado y tenía que descansar, tenía el presentimiento de que mañana pasaría algo especial con ella. Así que me fui a dormir con su rostro en mi mente, y esperaba soñar con ella como cada noche. Esperaba volver a verla mañana.

Salí de darme un baño, me puse algo de ropa más cómoda, y fui abajo. Era la hora de la cena. Me senté en la mesa y tuve alguna que otra conversación más bien banal con mi padre y mi hermano. Sobre el tiempo, lo hecho el día de hoy. Por supuesto no comenté nada de lo sucedido esta mañana. Tras terminar la cena, subí a mi habitación, me puse el camisón y me senté sobre la cama. Repasé cada facción de su cara, cada centímetro de su sonrisa, y cada sentimiento encontrado al verle. Cerré los ojos y repetí una y otra vez en mi memoria su expresión al verme por la mañana. Dios, me encanta. Me acosté pensando en él, y me dormí pensando en él. Esperaba volver a verlo mañana.

Me desperté e hice la rutina habitual. Estaba más nervioso que nunca por volver a verla, me peiné un poco más, y me afeité con una cuchilla, quería estar perfecto para ella. Cuando llegué al trabajo fui mucho más eficaz de lo habitual, lo que hacía en dos horas normalmente esta vez lo hice en una. Y llegaron las 9 de la mañana, era la hora a la que salía habitualmente, por lo que, a pesar de seguir mi trabajo, cada 5 segundos miraba hacia la puerta principal de la casa, pero no salía. Qué raro.

Me levanté más que contenta. Había soñado con él. Estaba decidido, hoy le hablaría, daba igual lo que se interpusiera en mi camino, pero de hoy no pasaba. Desayuné, me di un baño, me puse mi precioso vestido de moaré y polvos en la cara. Cuando me di cuenta ya eran las 9:30. Iba con mucho retraso respecto a la

hora habitual. Así que salí corriendo, y ahí estaba. Caminé más que decidida hacia él, estaba muy segura de lo que quería.

Sí. Se estaba acercando a mí. Estaba preciosa, tenía una luminosidad especial en la cara, y ese vestido le sentaba genial. Era la misma situación que ayer, pero se la veía mucho más segura de cada paso que daba, lo que me hacía sentir mucho más seguro a mí. Estaba llegando. No lo podía creer, iba a suceder. Estaba sucediendo. Estaba a un metro de mí aproximadamente. El tiempo se ralentizó, y mi corazón no hacía más que acelerar.

Lo estaba haciendo, estaba caminado hacia a él. Estaba llegando. Me quedaban alrededor de 3 pasos para llegar. Los di, y ahí estaba frente a él. Él me miró un poco extrañado pero sonriente, así que decidí decirle algo, "Buenos días" dije con una sonrisa de oreja a oreja. Él respondió, "Buenas, soy Chuck, encantado". Tenía una voz hermosa.

"Buenos días" era su voz. Pero yo me sentía abatido, me faltaba el aire. Dio tres pasos. Y de mí tan solo la separaban dos. Mi corazón había estado en su mano, y ahora estaba en el suelo, siendo pisoteado una y otra vez por ella. Al dar ese tercer paso, estaba más cerca de mi compañero de trabajo inglés que de mí. Todas esas ilusiones que me habían vuelto a dar ganas de vivir, se habían desvanecido en un solo paso. Un paso, que puede parecer muy poco, pero para mí lo fue todo. No se me ocurrió otra cosa que pronunciar un sonoro "¿Cómo?". Todo se volvió negro en un segundo. Ella giró ligeramente su cuerpo hacia la izquierda, y fue lo último que vi. Sus ojos clavados en los míos, mientras le daba la mano a ese Chuck. Y así fue como perdí las ganas de vivir, de soñar, la esperanza, con un solo paso. Nunca supe su nombre, pero esa *joven de la perla* me destrozó sin ni siquiera saberlo.

Cristina Esma